

tar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitán de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de tí que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haría sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

—Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; vd. es inclinado á las empresas árdas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada.—Ya te entiendo, me interrumpió; aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavía muy dentro del corazón; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinación. Confiesa con sinceridad que, despues de haberle restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva.—Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz.—Ya que tienes un corazón tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion, al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones: mas escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llevo á saber que alguna vez has hablado de mí..... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.



CAPÍTULO III.

Deja Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un elegante.



ALIMOS de la taberna, y cuando nos estábamos despidiendo uno y otro pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitán. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad, la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña; y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando Don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitán, y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referírselas.—Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te ví poco hace?—Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo:—Toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercia yo la medicina.—¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez

de turbarte?—Señor, le dije, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad.—Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenía por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derechura á dar esta mala noticia á mi protector Melendez, el cual me dijo por consolarme que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dijo:—Amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábeta que te he acomodado con Don Matías de Silva. Es un sugeto de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *elegantes*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece: es verdad que todo va al fiado; pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se le cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de Don Matías es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que por respeto mio hará de tí particular estimacion.

Mientras íbamos caminando á casa de Don Matías, me dijo el mercader:—Paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho; te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matías es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en



su cuarto. Efectivamente le hallamos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo menos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me ecsaminó de piés á cabeza, y me dijo con mucha afabilidad que yo era el mismísimo que convenia á Don Matías, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodriguez:—Yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dijo:—Veamos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí:—Ahora podemos ir, me dijo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio dia, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entonces de levantarse Don Matías. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion estar picando un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dijo el mayordomo, aquí está este mocito, que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido.—Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que le reciba: yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez: anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que me busques en el dia doscientos doblones, y se los envíes á la condesa de Pedrosa.—Señor, respondió el mayordomo, mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un ma-

ravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero no sé ya á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro.—Cuanto estás hablando es inútil, respondió Don Matías, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo!—¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido de que presto se verá V. S. libre para siempre de ese cuidado.—Ya me cansas, y me matas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero precisamente que los busques y los halles.—Pues segun eso, dijo Rodriguez, voy á ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura.—Ve, y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió Don Matías: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bleo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, cuando al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo, llamado Don Antonio Centelles.—¡Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí.—Es cierto, respondió Don Matías: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas, y me engullo el capital; ¡gran bestia! como si fuera él quien lo perdiese.—Amigo, respondió Don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapan en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion.—Pero lo peor de todo es, dijo Don Matías, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario.—Convengo en eso, respondió Centelles.... Pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hayas menester, y tú

pedirás al mio el que yo necesite. Dejarémosles decir todo lo que quieran, y nosotros los oirémos con oídos de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las tuyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos, tú solo tendrás noticia de los míos: y verás cómo nos divertimos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apenas se le descubria un cabello. Quiso despedirse Don Antonio, y dijo:—Adios, Don Matías, que presto nos volveremos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes.—No, no, respondió mi amo: estate aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento.—¡Cómo á un veinte por ciento? replicó Centelles como admirado. Á fe que has sido afortunado en caer en tan buenas nanos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos de á treinta y tres por ciento.—¡Qué usura! exclamó entonces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que no hay otro mundo? Ya no estraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El eshorbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo no estariamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa, y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. ¡Mas oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de mi moralidad.

—¡Cuánto dinero ha menester V. S.? preguntó, volviéndose hácia mi amo.—Doscientos doblones, respondió este.—Cuatrocientos traigo en un talego, dijo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por esperiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en ha-

cer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo.—Señor Dimas, dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexión, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedí á vd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra; no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á vd. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pié, para escusarle el trabajo de hacer otro viaje á mi casa.—Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado, heredero de grandes posesiones, que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos.—¡Oh! por lo que toca á la seguridad, interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un papel, la tendrá vd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor Don Matías se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar.—Me conformo, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entonces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que sin leer la letra firmó su nombre talareando.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de Don Matías, y éste le dió un estrecho abrazo, diciéndole:—Hasta la vista, señor Dimas, soy todo de vd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al estado, el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas.—Tienes razon, dijo entonces Centelles, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á éste, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos elegantes para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dejaron ir con el mayordomo, que merecía mejor aquellos zarandeos, y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodriguez con el testafarro de sus maldades envió Don Matías á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriquera.



Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á Don Antonio:—Y bien, ¿en qué hemos de pasar el día de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado.—Qué me place, respondió Centelles, que eso es ser hombre de juicio: conferenciemos, pues. Cuando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad de mi amo, esto es, de veinte y ocho á treinta años; uno de los cuales se llamaba Don Alejo Seguíer, y el otro Don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro, comenzaron á darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia Don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á Don Matías y á Don Antonio:—Y bien, señores, les dijo: ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais convidados, os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un vino de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana.—Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

—Yo, dijo Centelles, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles esquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez, que me divirtió estremadamente. El dueño, aunque de nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su muger, aunque era fea de gana, creia ser una Venus, y ademas decia mil necedades, sazoadas con un acento vizcaino que les daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiria aquella cena casera.

—Pues yo, señores, dijo Don Alejo Seguíer, cené con una comedianta, con Arsenia. Éramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marques de Zenete, Don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir galanterías. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son de las mas discretas; pero ¿qué importa? su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas, que las prefiero á las mugeres juiciosas.

